

UNA MIRADA FILOSÓFICO-AUTOBIOGRÁFICA SOBRE EL AJEDREZ

FRANCISCO J. FERNÁNDEZ: *El Ajedrez de la Filosofía*, Madrid, Plaza y Valdés Editores, 2010, 210 pp.

Desde Walter Benjamin hasta filósofos contemporáneos como Daniel Dennett, pasando por autores tan renombrados como Ferdinand de Saussure, Ludwig Wittgenstein o John Rawls, han utilizado ejemplos ajedrecísticos para ilustrar y discutir algunas tesis de sus trabajos. No obstante, salvo contadísimas excepciones¹, los trabajos filosóficos dedicados exclusivamente al ajedrez no han abundado a lo largo de la historia de la filosofía, menos todavía en el mundo de habla hispana. Así pues, es de agradecer que la editorial Plaza y Valdés haya apostado por publicar recientemente este ensayo, en el cual el Doctor en Filosofía por la Universidad del País Vasco Francisco J. Fernández (San Sebastián, 1967) propone una personal mirada filosófico-autobiográfica sobre el ajedrez.

Los temas de los que más se ha hablado en filosofía en los últimos años, en relación con el ajedrez, son, sin lugar a dudas, aquéllos directamente relacionados con las computadoras de ajedrez y la inteligencia artificial². Así y todo, no es éste exclusivamente el terreno en el que se mueve el autor. Según se dice en el libro, la idea de partida consistía en unir las ideas de Leibniz con la Lingüística y el Ajedrez (p. 64). Aunque el libro contiene sugerentes ideas en torno a este triángulo, finalmente ha acabado siendo algo bastante distinto, ya que en él se entremezclan las más variadas reflexiones filosóficas con las memorias y anécdotas que, como jugador de ajedrez y profesor de filosofía en educación secundaria, ha experimentado el filósofo donostiarra.

Así pues, no es este un libro de filosofía al uso, dedicado exclusivamente a reflexionar sobre algunos aspectos del juego que nos ocupa o a relacionar algunos aspectos del ajedrez con las ideas de tal o cual eminente filósofo. Como corresponde a los buenos ensayos, el libro es eso y algo más, ya que en las vivencias y experiencias narradas en primera persona por el autor podrá reconocerse cualquiera que alguna vez haya tratado de iniciarse, con mayor o menor fortuna, en los misterios, entresijos y enseñanzas tanto del ajedrez como de la filosofía.

Nos encontramos ante un libro heterogéneo, a lo largo del cual se tratan los más variados temas filosóficos, cuyo nexo de unión principal se encuentra en la biografía e intereses del autor. Por tanto, destacaré a continuación algunos de los aspectos que más me han llamado la atención en el libro, relacionados sobre todo con temas de estética y ética, aunque quisiera dejar claro que, de ninguna manera, este breve resumen podrá hacer justicia a la amplia variedad de temas filosóficos (lógicos, epistemológicos, etc.) que, relacionados siempre con el ajedrez, se tratan en el mismo.

En distintas partes del libro el autor menciona las relaciones entre el carácter y el ajedrez: «La sensación de que no puedo dejar escapar la eventualidad de una jugada brillante puede más que el pragmatismo del resultado final» (p. 23). No son pocos los ajedrecistas que buscan la belleza (o la espectacularidad) a toda costa en sus partidas, considerándola más importante todavía que la victoria. Es decir, para este tipo de jugadores, una partida bella perdida podría ser más valiosa que una partida ganada malamente: «Cada partida es única y una bella partida

vale lo mismo que una que sea una patética comedia de errores. Y sin embargo algo nos dice que el ajedrez es algo más. Hay algo así como una belleza aplicada a las partidas de ajedrez...» (p. 136). Así pues, parece haber una cierta conexión entre el carácter (estético) y el estilo ajedrecístico, pero la cosa no acaba ahí. Estas ideas pueden relacionarse directamente con el eterno debate, que se da en cualquier juego más o menos complejo, en torno a las relaciones entre fines y medios: ¿lo único importante es el resultado final o es también importante la manera de obtener dicho resultado? En definitiva: ¿el fin justifica los medios o debemos tener también en cuenta la naturaleza de estos últimos?

Por otra parte, se menciona también en el libro la importancia que en ajedrez tiene el reconocimiento recíproco, uno de los temas capitales en filosofía moral. De la misma manera en que alguien no puede vivir bien en completa soledad, uno tampoco puede jugar bien al ajedrez si peca de egoísmo extremo, es decir, en el ajedrez, como en la vida, el reconocimiento de los motivos y las intenciones (legítimas) de los otros es fundamental. Además, el reconocimiento del otro implica la aceptación del carácter parcialmente misterioso de las motivaciones e intenciones ajenas, así como la necesidad de atender a las mismas. Esta es la razón por la cual no es posible, a diferencia por ejemplo del parchís, jugar al ajedrez en soledad: «Jugar a solas con uno mismo implica fingir una actitud omnisciente, capaz de encontrarse a la vez en los dos polos de la dialéctica. Implica convertirse en un sujeto absoluto» (p. 154). En este sentido, puede decirse que jugar al ajedrez es reconocer la existencia en pie de igualdad del otro.

De esta manera pueden trazarse ciertas analogías entre jugar al ajedrez y dialogar (pp. 151-158): en ajedrez uno debe

prestar atención al contrario, intentando comprender tanto sus motivaciones como el sentido que puede atribuir a cada jugada. El autor cita la *Fenomenología del espíritu* de Hegel para alertarnos de los peligros, relacionados con la falsa sensación de invulnerabilidad, que acarrea la omnipotencia de pretenderse sujeto absoluto: «... el singular como tal, sólo es verdadero como pluralidad universal de la singularidad; separado de ésta, el sí mismo solitario es, de hecho, el sí mismo irreal carente de fuerza» (p. 156). Así pues, ser un buen jugador de ajedrez requeriría tomar en consideración al otro, al tiempo que reconocer la fragilidad y falibilidad de uno mismo: «Cuando el ajedrecista se niega a ello, es decir, a concederle al exterior del tablero la parte que le corresponde, le puede ocurrir lo que al Steinitz de sus últimos años, tras perder con Lasker el trono de Campeón del Mundo, que defendía que podía vencer a Dios dejándole las blancas y peón de ventaja» (p. 157). Cuando uno elimina de sus pensamientos y consideraciones al otro, corre serio peligro de caer en el delirio: «... sólo cabe confiar en el propio pensamiento si éste ha sido convenientemente confrontado» (p. 157). A mi modo de ver, son obvias las relaciones que pueden trazarse entre estos pensamientos y ciertas corrientes ético-filosóficas contemporáneas como, por ejemplo, la ética del discurso o las corrientes que subrayan la importancia de la deliberación en bioética. En el libro, sin embargo, el autor relaciona de forma muy interesante todas estas disquisiciones con la diferente concepción de la dialéctica que tenían Platón y Aristóteles (pp. 163-166), lo cual da buena muestra de lo sugerente que son muchos de los pasajes del libro, debido a que, dependiendo del bagaje previo de cada uno, pueden llevarnos a establecer conexiones filosóficas muy diferentes aunque igualmente atractivas.

Otro tema interesantísimo es el vinculado con la racionalidad del ajedrez. ¿Cómo pueden explicarse y justificarse los razonamientos que llevan al jugador a optar por un movimiento en detrimento de todos los demás? ¿Son las evaluaciones y las decisiones tomadas ante el tablero susceptibles de ser explicadas (y justificadas) verbalmente o bien son cuestión, simplemente, de pura intuición? «... en determinados momentos el pensamiento puramente ajedrecístico supera nuestra capacidad lingüística, se ve impotente para evaluar las diferentes posiciones... Así las cosas, le dan ganas a uno de establecer una tesis: en ciertos momentos, el ajedrez es sencillamente incomprensible. No hay forma de reducirlo a palabras» (p. 54). El autor quiere superar este misticismo intuicionista, pero no es tan fácil como parece. Inevitablemente el jugador ha de realizar evaluaciones que guíen y den sentido a los movimientos de sus piezas, ¿pero cómo hacerlo si no disponemos de ningún principio regulador objetivo y universalmente aceptado? Es clara la relación e implicaciones que esto tiene con y para la ética. De hecho, lo que las computadoras de ajedrez hacen para evaluar las posiciones es asignar cierto valor cuantitativo a los aspectos relevantes de cada posición; pero, ¿son susceptibles de cuantificación todos los aspectos relevantes del juego? ¿No está esto unido con los problemas que, en torno a la cuantificación, se les han planteado a las teorías utilitaristas de la elección racional? «... el ordenador no evalúa nada más que lo que puede calcular. Ahora bien, ¿es eso evaluar o contar?...» (p. 59). Creo que aquí el autor comparte el punto de vista de uno de los más prestigiosos y estimulantes escritores ajedrecísticos actuales: «Parece que comoquiera que lo miremos, veremos que hay algo más a considerar en nuestras evaluaciones que el material. El problema que tenemos es que no hay forma de asignarle un valor numé-

rico, de modo que tenemos una acusada tendencia a concederle un valor desproporcionado al material, porque podemos contarlos, y subestimar o incluso ignorar otros factores, porque son mucho menos tangibles y no hay forma de contarlos»³. Así pues, podemos decir que, en cierta manera, resuenan también en los debates ajedrecísticos las disputas entre utilitarismo, deontologismo y teorías de la virtud.

Más o menos relacionado con estas disputas, nos encontramos con las discusiones en torno al papel que cumplen las reglas o principios generales sobre el juego (del tipo «una torre vale más que un alfil») a la hora de realizar evaluaciones precisas sobre una posición determinada. En relación con un cuento de Poe en el cual se habla de una antigua máquina de ajedrez, el filósofo donostiarra comenta lo siguiente: «Aquello que Poe supone es que el juego de la máquina se reduce a la aplicación de un principio. Así, en singular, cuando puede que sean varios los que gobiernan el juego» (p. 60). Los principios que gobiernan el ajedrez son variados y heterogéneos, por lo que es posible que sean incommensurables y, al igual que sucede con los principios morales, son susceptibles de contradecirse los unos a los otros resultando incompatibles entre sí. Sin embargo, como sucede a diario con los principios morales, inevitablemente hay que tomar una decisión que guíe nuestros movimientos a lo largo de la partida; ¿cómo hacerlo en ausencia de criterios definitivos que resuelvan los conflictos entre los diferentes principios? Obviamente ésta es una de las tareas cruciales a las que debe enfrentarse todo jugador de ajedrez, de ahí la proliferación de libros de ajedrez que enseñan métodos de pensamiento o deliberación⁴.

Leyendo estas páginas llego a la conclusión de que estas ideas pueden relacionarse con ciertos debates en bioética, especialmente en ética asistencial, sobre la

función que las reglas o principios generales (no maleficencia, justicia, autonomía, etc.) pueden y/o deben cumplir a la hora de decidir los cursos de acción en los casos particulares. ¿Existe una jugada que es la mejor entre todas las posibles para cada posición que se da en el tablero? ¿Existe un curso de acción que es el mejor entre todos los posibles para cada caso particular al que debe enfrentarse, por ejemplo, el personal sanitario de un hospital? ¿Son susceptibles de cuantificación todos los aspectos relevantes de los casos particulares? ¿Qué papel pueden y deben jugar, tanto la deliberación como el reconocimiento recíproco del otro, a la hora de decidir los mejores cursos de acción posibles ya sea en una partida de ajedrez o en un dilema moral cotidiano?

Ésta es, a mi juicio, una de las mayores virtudes del libro: partiendo de estimulantes reflexiones filosóficas ligadas al ajedrez uno llega a interrogarse sobre aspectos que, a primera vista, no tienen una relación directa con el juego. Es por eso que el libro es muy recomendable tanto para los filósofos versados en ajedrez como para los que, simplemente, tienen cierta curiosidad sobre el mismo y las posibles conexiones que puedan establecerse entre éste y la filosofía (aunque es muy recomendable tener ciertas nociones avanzadas sobre el juego si se quiere sacar todo el jugo que el libro es capaz de ofrecer).

Mikel Torres Aldave
Universidad del País Vasco/Euskal
Herriko Unibertsitatea

NOTAS

¹ Véase el siguiente volumen, en el cual se recogen artículos relacionados con varias ramas diferentes de la filosofía (lógica, estética, etc.) y sus posibles relaciones con el ajedrez: Hale, B. (ed.), 2008, *Philosophy Looks at Chess*, Chicago, Open Court Publishing Group.

² Como ejemplo destacado en castellano véase Rasskin, D., 2005, *Metáforas de ajedrez. La mente humana y la inteligencia artificial*, Madrid, La Casa del Ajedrez.

³ Rowson, J., 2000, *Los siete pecados capitales del ajedrez* (2004), Madrid, La Casa del Ajedrez, p. 134.

⁴ Por mencionar un par, aparte del libro de Rowson citado anteriormente: Heisman, D., 2009, *The improving chess thinker*, Newton Highlands, Mongoose Press o Aagaard, J., 2004, *Inside the chess mind*, London, Everyman Chess.